



Centenario de
José Canal

Arroyo de la Luz, 1913 / Cáceres 1979



Nota biográfica

José Canal Rosado nació en Arroyo de la Luz el día 4 de enero de 1913, hijo de Miguel Canal Chaves y Maria Rosado Valenciano.

Fue el mayor de los cinco hermanos y de una familia regularmente acomodada que gozó siempre de la general estimación en Arroyo de la Luz, primero, y en Cáceres, a donde trasladó su residencia en el año 1927, por haber sido nombrado su padre Cajero de la Sucursal del Banco Español de Crédito recién establecido en aquella capital.

Siendo muy niño, padeció la tristemente famosa gripe del año 1918, de resultas de la cual le quedó un padecimiento que le afectó principalmente la vista durante más de diez años. Como consecuencia de ello, perdió la visión, para la lectura, del ojo derecho y tuvo una infancia débil y enfermiza.

Desde muy niño sentía avidez por la lectura hasta el punto de que cuando no podía satisfacerla, por tener los ojos enfermos, su abuela o su madre habían de pasar grandes ratos leyéndole en voz alta para distraerle.

En el verano, durante la siesta, se encerraba para leer los libros que, a escondidas, tomaba de la biblioteca de su padre, bastante bien surtida de los escritores más cotizados de los años veinte: Unamuno, Baroja, E. Carrere, Azorín, Villaespesa, Felipe Trigo y muchos más.

Estudió, por enseñanza libre y con aprovechamiento, hasta cuarto curso de Bachillerato y, por enseñanza oficial, en el Instituto General y Técnico de Cáceres, los cursos 5º y 6º de la rama de Ciencias. Se revalidó de Bachiller Universitario en Salamanca, el año 1928.

Se preparó durante los cursos 1928-29 y 1929-30, en Madrid para el ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, teniendo que abandonar estos estudios a causa de un recrudecimiento de su padecimiento de la vista.

Estuvo sin hacer nada de provecho durante algún tiempo hasta que, siendo ya ministro de la República Marcelino Domingo, se anunció el nuevo Plan de Estudios para el ingreso en el Cuerpo del Magisterio Nacional, conocido como Plan Profesional, presentándose a la primera convocatoria que aprobó

con el número tres, y cursos sucesivos en los que obtuvo siempre Matrícula de Honor. En los veranos, aprovechó para examinarse, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca de varias asignaturas de esta carrera, que tiene aprobadas. La guerra dejó inacabados estos estudios.

Durante la guerra, aunque había sido declarado apto sólo para servicios auxiliares en el ejército, estuvo voluntario durante unos meses en el frente de Madrid hasta que tuvo que incorporarse a su escuela.

Ejerció de Maestro en diversas localidades españolas desde Badolatosa (Sevilla), hasta El Colegio Nacional de Prácticas (Escuelas Anejas) donde permaneció hasta el 2 de diciembre de 1979, fecha en la que murió en Cáceres.

Los estudios de Preceptiva Literaria y Composición que se daban en 4º curso de Bachillerato, le invitaron a escribir sus primeros versos, que eran naturalmente muy malos, pero que cultivó durante varios años, y algunos de los cuales se publicaron en un periodiquito que se editaba en su pueblo. Luego olvidó este divertimento hasta que, allá por el año 1944, su contacto frecuente con Jesús Delgado Valhondo-compañero suyo de Bachillerato-, Fernando Bravo y otros poetas amigos, conmovieron su olvidada afición y le llevaron a participar en la publicación de la revista *Alcántara*, de la que es cofundador, con Tomás Martín Gil, Jesús Delgado Valhondo y Fernando Bravo.

Desde entonces ha escrito -en verso y prosa- en revistas y periódicos de la región y, rara vez, en publicaciones de fuera de ella, porque nunca solicitó -motu proprio- su inclusión en ninguna.

Siempre se consideró un poeta menor, sin grandes aspiraciones y, por supuesto, sin propósitos de pasar a la posteridad. Le bastaba con la denominación de “poeta provinciano” y con sentirse admirado y querido por las gentes sencillas de su tierra.

Por eso, si alguna vez concurrió a justas y certámenes literarios fue tan solo por ganar unos dineros que le hacían mucha falta o por contribuir, del modo que estaba en su mano, al mejor éxito de dichos certámenes, siempre que fueran extremeños.

Estuvo casado y tuvo cinco hijos y diez nietos, que le hicieron muy feliz.

Decía que aunque su fe era débil, creía en Dios y en su providencia y le pedía cada día por el bien de España y la paz de todos.

Ganó los siguientes premios:

Premio Nacional de Poesía Gabriel y Galán.

Flor Natural en los Juegos Florales de la Juventud de A.C. de Cáceres.

Flor Natural en la II Fiesta del Romance de Cáceres.

Cereza de Oro en la Primera Fiesta del Cerezo en Flor.

Y otros premios menores.

Bibliografía

Ha publicado los libros:

Viento amarrado

Nº 9 de la Colección Alcántara Cáceres 1954.

El Mar Cercano

nº 37 de la colección Rocamador de Palencia 1964.

Ciento Volando

Editada por los Servicios Culturales de la Caja de Ahorros de Cáceres, Cáceres 1970.

Antología

Edición de Víctor Gerardo García Camino. Caja de Cáceres), Cáceres 1980.

Realizó la crítica de Poesía en la revista Alcántara en la que colaboró además con una sucesión de a especie de greguerías que el tituló “Llamas de Capuchina”, que no dan mucha luz pero “que más vale que a oscuras”, que es la leyenda que puso en su ex-libris.

Fue colaborador habitual de los periódicos extremeños: Extremadura y Hoy, donde figuran muchas colaboraciones en prosa y verso.

Impartió conferencias en organizaciones diversas sobre literatura y poesía española y participó en recitales poéticos en la Región, así como en los medios de comunicación existentes en su época (radio y prensa).

Cartas de A. Rodríguez Moñino y de Jesús Delgado Valhondo dirigidas a José Canal

TRANSCRIPCIÓN DE LA CARTA DE ANTONIO RODRÍGUEZ MOÑINO

(página 15)

Madrid 22 de Agosto de 1954
Sr. Don José Canal
Cáceres.

Mi muy querido amigo:

¡Gracias y gracias por *Viento amarrado*, precioso volumen que muestra una faceta de su producción literaria desconocida por mí!

En general me ha encantado: hay emoción y técnica en todas las composiciones, pero creo que destacan entre ellas la primera –que da título al libro– *Blanca mi vela*, y *Fuente sellada*, soneto este último perfecto, digno de ponerse al lado de los del gran López de Ayala que es, a mi juicio, quien mejor los ha hecho en castellano.

Otro día le escribiré más largamente. Hoy solo quiero agradecerle el envío y darle mi más cordial enhorabuena por tan bella muestra de su talento poético.

Cordiales saludos de María y un fuerte abrazo de su amigo y paisano:

A. Rodríguez Moñino.

Madrid 22 de Agosto de 1954

St. Don José Canal

Cáceres.

Mi muy querido amigo:

¡Gracias y gracias por Viento amarrado, precioso volumen que muestra una faceta de su producción literaria desconocida por mí!

En general me ha encantado: hay emoción y técnica en todas las composiciones, pero creo que destacan entre ellas la primera - que da título al libro - Blanca mi vela, y Fuente sellada, soneto éste último perfecto, digno de ponerse al lado de los del gran Lope de Ayala que es, a mi juicio, quien mejor los ha hecho en castellano.

Otro día le escribiré más largamente. Hoy solo quiero agradecerle el envío y darle mi más cordial enhorabuena por tan bella muestra de su talento poético.

Cordiales saludos de María y un fuerte abrazo de su amigo y paisano:

A. Rodríguez-Moñino

26 - Octubre - 1945

Sr. Don José Canal

Mi querido amigo: Ayer recibí el 1^{er} n.º de nuestra ALCANTARA y me gustó mucho. Desde luego es la mejor revista que he tenido Cáceres. Sin embargo puede salir mejor... ¡era página 4!

En "Llamas de Capuchina", magníficas. Te felicito. Además, encaja admirablemente en la Revista por que está entre la prosa y el verso. Tienes que tener sumo cuidado en las que publiques ahora pues la gente estará a tenté, a ver que dice en las próximas "Llamas."

Te mando original de Frutos. Son versos que tengo aquí supos y que te suopido por un suidadal bajo el título para una página o dos de "flores", y otros que hablan de Cáceres. Como en el n.º 1^o habéis publicado un artículo de E. Frutos no te ~~enti~~ gna para que me envíen un artículo que me viene prometido sobre Calderón. Pero desde luego, cuando de saber el n.º 2 y para el 3 estará en nuestro poder. Cabe me dice, que si se retrara en mandar original, coja yo lo que me parezca de lo más hermoso que aquí tengo supos.

¿Quién es Juan del Arroyo? Me gusta mucho un artículo sobre P. + M. Me supongo que Curcio & Xillo es bravo O No?

Contame cosas de ALCANTARA. ¿Ha respondido la gente a la llamada? ¿Cómo os tratan? A ver que yo envíe folletines, Petirrojos de la Fuente, Super Roble, Super Lago, Arturo Curique, Frutos etc,

de unri viros

Te mando cosas más, le he puesto de última una página de
forma ⁽¹⁾ ~~XXXXXXXXXX~~. Vosotros veréis si son publicables, también incluye
una crítica del libro, un poema mío - revista de J. M. G., "Hijos
a medias de la cultura de casa"... Pienso mandarte más cosas para
que tengas de ellas cuando espasesca.

¡Vuelta con ALEJANDRA. ¿Será manual? ¿como esta
en de supras y pavos? ¿Que se dice de ella?

Desearía recibir en el verano de vacaciones a más gente.
Vendría a saber de Mairó. De Pedro de Torres me acuerdo yo. Estaba
en las listas de inicio de cursos de ciencias y de artes experimentales. A propósito
tal vez te escribí yo. ¿Mando algo de un libro de Delgado?

Tengo repetido en n.º 9 E. 5 y 9 de F. de T. de I. de I. de I. de I.
de los pines y te lo mando en seguida.

Mi vida aquí solitaria. No he escrito nada,
más que me entiendo, me asiente.

Mi enhorabuena por ese n.º de vuestra revista
- no se me cae de la imaginación - ¡como me animáis a escribir! - que
debería haberme ofrecido a Novaro y al gran Sr. de casa.

Aquellos años, tiempo y forma los hijos. Ahora
de un mejor amigo

Jesús

¿Mando algo Chamiño?

(1) podrías publicar algunas, todas o como espasesca.
En la máxima de comunicaré cosas de copia de los y otros puestas.

TRANSCRIPCIÓN DE LA CARTA DE J. DELGADO VALHONDO

(primera hoja, pág. 16)

28 de octubre de 1945

Sr. D. José Canal

Mi querido amigo: Ayer recibí el 1^{er}. N^o de nuestra ALCÁNTARA y me gustó mucho. Desde luego es la mejor revista que ha tenido Cáceres. Sin embargo puede salir mejor... ¡Esa página 9!

Tus “Llamas de capuchina” magníficas. Te felicito. Además encaja admirablemente en la revista porque está entre la prosa y el verso. Tienes que tener sumo cuidado en las que publiques ahora pues la gente estará alerta, a ver qué dices en las próximas “llamas”.

Te mando original de Frutos. Son versos que tengo aquí suyos y que he recogido por su unidad bajo el título para una página o dos de “lores”, y otros que hablan de Cáceres. Como en el n^o 1 habéis publicado un artículo de frutos no (...)prisa para que me enviase un estudio que me tiene prometido sobre Calderón, pero desde luego antes de salir el n^o 2 y para el 3 estará en nuestro poder.

Caba me dice que si se retrasa en mandar original, coja yo lo que me parezca de lo muchísimo que aquí tengo suyo. ¿Quién es Juan del Arroyo? Me gusta mucho su artículo sobre P.S.M. Me supongo que C...d´... es Bravo ¿no?

Cuéntame cosas de ALCÁNTARA ¿Ha respondido la gente a la llamada? ¿Cómo os tratan? A los que yo envié boletines, Gutiérrez de la fuente, López Robles, López Laso, Arturo Enrique, Frutos, etc.

(segunda hoja, pág. 17)

Se (...) Te mando cosas mías, le he puesto de título Una página de(...) Vosotros veréis si son publicables, también incluyo una crítica del libro (...) revista de J.M.G. “(...)”.

Pienso mandaros más cosas para que tiréis de ellas cuando os parezca. Y vuelta con ALCÁNTARA ¿será mensual? ¿cómo está eso de (...)? ¿Qué se dice de(...)? Debéis incluir en el cuadro de colaboradores a más gente. Escribid a (...) A José M^a Valverde le escribí yo. ¿Mandó algo Asunción Delgado? Tengo repetidos los n^o 2, 5, 9 de fantasías dime si los quieres y te los mando enseguida.

Mi vida aquí solitaria. Leo y (...) esto, más que me entretiene, me divierte. Mi enhorabuena por ese n^o de nuestra revista – no se me va de la imaginación - ¡cómo me emocioné su (...) ¡ - que (...) extensiva a bravo y a Tomás.

Abrazos a los tuyos, esposa e hijos. Abrazos de tu mejor amigo Jesús.

¿Mandó algo Chamizo? (1) Podéis publicar alguna, todas o como os parezca. En la próxima os mandaré cosas de López Robles y otros poetas.

Antología

INTRODUCCIÓN

“Se là, no assento etéreo onde subiste
memoria desta vida se consente”

(Camoès)

Esta es mi confiada esperanza: que Pepe Canal, desde ese “asento etéreo” donde Dios tiene acogida su alma, pueda comprobar que, ¡al fin!, le cumpla mi promesa, tantas veces reiterada y otras tantas incumplidas, de redactar un estudio de su poesía y sus poemas, hoy en compañía de mi hijo Luis. Y si bien procedemos con el rigor crítico que su obra requiere, no carece de la emoción entrañable que su ausencia nos provoca, la ausencia de un fiel amigo y un buen maestro.

Preciso es advertir, sin embargo, que no hemos pretendido realizar un riguroso estudio de su obra, sino redactar unas líneas críticas que, al par de presentación de esta Antología, sirvan como de guía y clave para una mejor comprensión de su quehacer poético; y, al mismo tiempo también, espuela y acicate para que algún otro estudioso de los poetas cacereños quiera dedicarle ese estudio completo que reclama la obra de Pepe Canal.

Paremos la atención, antes que en cualquier otra consideración, en el apelativo con que todos le conocíamos: Pepe Canal, Pepe. No Don José, ni siquiera José, nombres que connotan una cierta solemnidad o empaque, sino ese hipocorístico del habla familiar, pleno de resonancias afectivas con que, generalmente, se le conocía, y era así, porque su comportamiento y su trato, aunque en apariencia hosco, hondamente humano y comprensivo, llevó a sus paisanos -y a quienes no lo éramos- al nombre cariñoso de Pepe.

¿Cómo era Pepe Canal? Hallamos aquí, en esta denominación a la que nos acabamos de referir, su primer rasgo caracterológico, que era su profunda

humanidad. Pedro Caba es, sin duda, quien mejor ha retratado a nuestro poeta, no tanto físicamente, cuanto en lo espiritual. Dice así:

«Ese hombre de perfil cervantino, voz espesa y mineral como de tierra graneada y permeable... es José Canal, cara larga, ceño duro, visión ávida, anchurosa y palabra fuerte, fuerte de dicción y fuerte en precisiones y enérgicos conceptos»

Así era, en efecto, el poeta como aparece en este retrato, verdadero aguafuerte trazado por la precisa pluma de su paisano y amigo. Dije antes que Pepe, «aunque de apariencia hosca», era hondamente humano y comprensivo. En realidad, esta apariencia no era más que una máscara con que ocultar su verdadero rostro, cuyo fundamental rasgo era la ternura de la que él mismo se defendía. Caba lo ha señalado muy acertadamente relacionándolo, además, con un aspecto del alma extremeña que es el pudor a confesar la propia intimidad:

«Canal recata mucho sus efusiones y pone su habla gruesa y su gesto bravo/.../ como un ramaje, ante sí, para que/.../ esconda su ternura fluvial»

Esta soterrada ternura que acabamos de señalar, se descubre y transparece en bastantes de sus composiciones; y, como la ternura, otros sentimientos mueven su inspiración. El prologuista de su libro *Viento amarrado* dice:

«José Canal se derrama en versos cuando cada una de las distintas emociones, sensaciones o choques que su espíritu recibe, le hieren; y así llora, emocionado, cuando algo le duele; o se desborda, lírico, cuando la belleza le gana; o expone, reflexivo, cuando medita; o se defiende, airado, cuando le ultrajan...»

Es un poeta subjetivo, pues, en el sentido de reflejar en sus poemas las variadas impresiones, de todo orden, que recibe. Lo que no significa un poeta extrovertido, al modo de Lope, que cuenta impudicamente cuanto le ocurre, sino recatado y pudoroso, de gesto contenido y voz velada y, por eso, de mayor intensidad lírica.

Pero donde mejor aparece esta vena intimista es en aquellos poemas cuyo tema es la familia, tema infrecuente en nuestra lírica hasta tiempos muy modernos. En efecto, apenas hallaremos no ya poemas, pero ni siquiera alusiones a estos naturales sentimientos como son el amor filial, o a los hijos o a la esposa, fuera de alguna de Lope dedicada a su hijo Carlos Félix.

Ya en Unamuno serán frecuentes, como en poetas de la generación del 27 y de la de Vivanco, Rosales, Panero. En la total obra de Canal, nada menos que ocho composiciones responden a este tema. El amor al padre figura en *Viento amarrado* y en *Las manos muertas*. A sus hijos dedica *Jóvenes Arcángeles*, *Seis primaveras*, la bella composición *Primavera en mi arada* que, a mi juicio, se refiere a su última hija, nacida ya en la madurez del poeta, y, sobre todo, *El Nieto*, en el que la emoción del autor se transfunde en un estremecido temblor lírico, subrayada por una cuidada estructura poemática, sobre todo en la composición de una serie de planos paralelos alusivos, todos al nacimiento: el nieto que nace al alba, al clarear del día, al despertar los pájaros, el carro con su carga de pan blando, el comienzo del trabajo, los primeros rayos del sol, el nido de cigüeñas en la casa de enfrente, son rasgos que aluden no tanto a una vida que comienza, como la del nieto, cuando a una vida «reiniciada»

«de sangre de mi sangre espejo claro»

en una lengua clara, precisa, adornada de metáforas de la vida cotidiana más querida al poeta que es la campesina. Así las «taramas» del nido, la sonrisa materna con «la gracia del campo», su heroseamiento «de la raíz al tallo».

Cierra este grupo de poemas familiares el titulado *Romance del Alférez Miguel*, a la memoria del hermano muerto en el frente de guerra, escrito, o mejor dicho, publicado tardíamente en 1961, en el que aparecen las imágenes marineras que, con frecuencia, surgen a lo largo de su poesía. Aquí, una de estas imágenes subraya expresivamente la esperanzada ilusión del hermano alférez. Tenía

«/.../ el ímpetu marinero
navegando a toda vela»

Dos años antes, su *Romancillo de Moguer*, dedicado a Juan Ramón, es una delicada marina, casi a la acuarela, en que «la mar salada» es peinada por la «brisa nueva» y «juega rizos» en la arena. Es una mar lírica, tranquila, sin sobresaltos. Será escenario heroico en *Corazón de España*, parte de él como una alegoría marinera del ímpetu conquistador del extremeño del siglo xvi; la misma Cáceres se transfigura, poéticamente, en un pétreo navío:

«Pero el caso es que está, de muchos siglos, esta ciudad de Cáceres tan varada, que en piedra se tornó su arboladura, su cubierta, sus puentes y sus jarcias»

Y será pura metáfora, por último, en algunas composiciones como *Salterio Marial*, por ejemplo.

Otro aspecto de la personalidad humana y poética de Pepe Canal es su sentimiento religioso, expreso en buen número de composiciones. Su fe es, desde luego, sencilla y humilde, y sencilla y llanamente la expresa en un habla coloquial, salpicada, ya lo veremos, de términos del habla rural y campesina connaturales al poeta. Notemos la ternura de sus villancicos en cuyo fondo palpita un hondo sentimiento paternal, y en los que aparecen estos términos a que nos hemos referido, tales el «hueco mullido» y las pajas «cernidas». Otro hay que se titula, con entrañable vocablo extremeño, «Nacencia», en que aparecen «chozo» y «majadal». En la «Invocación» de su *Salterio Marial* dice el poeta:

«yo quiero arar temprano tu senara
con el surco sin fin, recto y bien hondo»

En otra parte de este trabajo se estudian los temas de la obra poética de Pepe Canal. Aquí nos hemos fijado en estos dos que, a nuestro juicio, configuran un preciso perfil caracterológico del poeta cacereño: su fe religiosa y el amor a los suyos.

Antes nos hemos referido al empleo de voces del habla campesina, o que designan actos, objetos o lugares de ese mundo. En efecto: se da, en la poesía de Canal, una cierta abundancia de léxico rural que puede, muy bien, explicarse por su «nacencia». Pepe nació en Arroyo de la Luz, medio rural, cuyo entramado social y económico es, o era, fundamentalmente labrador y ganadero. De ahí el léxico utilizado muy frecuentemente y en los poemas más diversos. Palabras como «senara»- que repite hasta cinco veces-, «candeal», «berrocal», «cantarera», «jara» y «jaraíz». Hasta un total de sesenta y ocho veces aparecen utilizados en diversos poemas y, a veces, como acabamos de señalar, repetidas. Junto a ellas encontramos algunos arcaísmos, muy escogidos, unos morfemáticos, como «la color»; otros léxicos, como «remembrado», «azafata», «muslo», «ledos», «curar» con el significado de cuidarse de; «escote» en el sentido de tributo; «apellidar», convocar, llamar; «fimbria», «ahechados», y algunos neologismos como «caridando», haciendo caridades.

¿Qué puede indicarnos este léxico, así diferenciado? Me atreveré a decir que en Canal se da una importante veta de poesía, mejor que popular, juglaresca, compuesta en aquel «román paladino» de que hablaba Berceo, y en la que se expresan sentimientos comunes a todos, que todos pueden entender y sentirse heridos, líricamente heridos. Pero, en alguna que otra ocasión, el poeta alza su mirada, depura la voz y tiende hacia una poesía más culta y elaborada que le lleva a la selección cuidadosa del léxico. No decimos, pues no ocurre así, que se den dos formas poéticas en Pepe Canal, culta y popular o al contrario, sino que, en ocasiones, quiere mostrar que su lira alcanza un

amplio registro que le lleva de los majadales y senaras a las fimbrias, presuras y núbiles de tan acendrado sabor. Acaso, forzando un tanto el rastreo interpretativo de su obra, nos encontremos con dos composiciones que expliquen, en parte, esta aparente dualidad. En *Solo unos versos*, humilde confesión de su vocación poética, nos dice:

«Qué poco fío en mi
cómo conozco
la poquedad de mi palabra;
qué poco soy, qué poco
vuelo tienen mis alas.

* * *

Tengo de cales viejas
una roída esquina blanqueada
y unos pobres geranios
en dos macetas desportilladas.
Andan sueltas las cuerdas
del son de mi guitarra.»

Y más tarde, en la titulada *Flores nuevas* parece aludir a una producción más cuidada, mejor estudiada. Mucho tiempo tuvo su campo « fecundado» al azar en su juventud, la «tierra nueva». Luego, el esfuerzo, el estudio:

«Luego labré de surcos
Y aboné con esfuerzo la senara»

al fin la obra mejor hecha:

«Cada día me espera
La sorpresa de hermosas flores nuevas»

En todo caso, hemos de reconocer en nuestro poeta una vocación poética irrenunciable que, desde su temprana madurez, llega hasta casi las puertas de su muerte, vocación por él mismo reconocida en *Gloria imposible* y en estos bellos versos de *¡Siempre caminos...!*

«Así estoy en camino esta mañana
con un cantar perdido entre los pájaros
y un nido de oropéndola en el pecho
y la cría desnuda entre las manos.»

Nos parece indicado referirnos, siquiera sea de pasada, al movimiento poético que se da en Cáceres, y en Extremadura, a lo largo de casi cuarenta años, para lo que no hay más que recorrer las páginas de la revista *Alcántara*, fundada por Pepe Canal, Fernando Bravo, Jesús Delgado Valhondo y Tomás Martín Gil. Encontramos en ellas, junto a poetas noveles o casi noveles, algunos mediocres, otros de gran inspiración, dominio del léxico y de las formas métricas, desde un academicismo clasicista hasta representantes de las más actuales tendencias poéticas. Bastará citar, entre aproximadamente setenta que publican sus poemas entre 1945 y 1979, los nombres de Eugenio Frutos, Juan Luis Cordero- paisano de Canal-, Antonio Rodríguez Moñino, a quien su condición de gran bibliófilo y profundo investigador de nuestra historia literaria no le impidió cultivar, a veces, la vena poética; Terrón Albarrán, Bravo y Bravo, Alfonso Albalá, malogrado por su temprana muerte, y los grandes de la poesía extremeña Delgado Valhondo, Manuel Pacheco y Álvarez Lencero. Diremos, de paso, que es curioso comprobar el número de mujeres poetas que aquí publican sus versos, que podría dar lugar a un muy interesante trabajo sobre la poesía femenina en estos años 1945-1979.

No hay, como es natural, rasgos temáticos ni estilísticos que los agrupen en una escuela determinada o en determinadas tendencias poéticas del momento. No podemos, por tanto, hablar de una poesía extremeña, aunque pudiera, acaso, estudiarse la posibilidad de una generación literaria extremeña cuyos frutos rinden en estos años de la revista *Alcántara*. En lo que a Canal respecta, podríamos encuadrarlo en la misma que Delgado Valhondo y aplicarle, respecto a su situación en el panorama de la poesía nacional, las mismas consideraciones que para Delgado Valhondo se hicieron.

Diremos, para dar fin a esta introducción, que Pepe Canal no solo cultivó la poesía. Ocasionalmente publica alguna narración en prosa, algún cuento- muy pocos, por cierto, no más de dos o tres hemos encontrado-, escritos con soltura, con buen estilo narrativo, usando, cuando lo precisa, un diálogo vivo y ágil, cuyos temas se refieren a algún personaje o suceso conocido por el autor. El esfuerzo imaginativo se reduce a transformar en materia literaria aquello que constituye parte de su experiencia personal.

Mayor importancia tiene, por la cantidad y por las relaciones que pudieran señalarse, lo que el autor denomina «Llamas de capuchina». Vienen a ser como las «greguerías» de Gómez de la Serna; pero a diferencia de éstas, suelen llevar, las más veces, un acento lírico que se manifiesta en el tono, el concepto, la construcción de la «llama», o en el modo de exponer o considerar el tema reducido a esas dos líneas y, en ocasiones, hasta en el ritmo. A veces nos parecen un par de versos desgajados de algún poema; en ocasiones, también,

algún poema dispuesto en estrofas de dos versos nos han parecido llamas de capuchina. Esta clase de composición literaria debió agrardarle de modo especial, porque aparecen muy temprano en su producción, desde los primeros números de la tanta veces citada revista *Alcántara*, y llegan hasta la misma víspera de su muerte en que figuran las últimas salidas de su pluma; aún más: desde 1972 en que publica en *Alcántara* un soneto en memoria del Conde de Canilleros, no vuelve a publicar poemas, pero sus «llamas de capuchina» no faltan en los sucesivos números de la revista hasta las últimas, aparecidas en el número julio-septiembre de 1979, que es el último en que tales «llamas» brillan, que se extinguen con la vida de su creador.

Víctor Gerardo García Camino.
Introducción a la Antología de José Canal,
 editada por la Caja de Ahorros de Cáceres en 1980.

ANTOLOGÍA DE JOSÉ CANAL

☞ *A Angelita Cabdevielle* ☞

En el día de su homenaje

*Como el de la mostaza, breve grano
 guardado con amor, fue tu semilla;
 humilde y casi nada, tan sencilla
 que ni se ve en el hueco de la mano.*

*La sembraste bien hondo muy temprano
 limpia de todo mal, tan sin mancilla
 que como por milagro y maravilla
 te floreció en frondoso árbol lozano.*

*Hoy es tronco robusto, ya logrado,
 gracias a tus desvelos conseguido,
 abierto en verdes ramas bien cuajadas.*

*Las aves de tu amor, que lo han poblado,
 tejen en sus pimpollos blando el nido
 y le cantan a Dios tus alboradas.*

☞ *A Chamizo* ☞

Con motivo del homenaje que Merida
le rindió en Abril de 1964

*Amasado en la arcilla de Guareña,
en las manos de Dios bien torneado,
a los soles y cierzos oreado
y cocido con jaras de su breña.*

*Con el alma castúa y extremeña
bien bendida de surcos al arado;
florecedo de espigas, bien granado,
le salta el corazón y bulle y sueña.*

*La entraña de sus recios berrocales
de granitos adustos y severos
le esconde recoletos majadales*

*y, entre encinas, lentiscos y corderos,
en la fabla del pueblo se solaza
y tañe el caramillo de la raza.*

☞ *Poemas* ☞

Fuente sellada

*Estoy lleno de sol como el desierto,
cegado por la luz de tu mirada,
con la vida transida y abrasada
en las arenas yermas de mi huerto.*

*Yo soy playa lejana, a cielo abierto,
sin árbol y sin mar y sin arada;
en los barrancos de mi ser, la nada
de un corazón callado de estar muerto.*

*Yo sueño con sentir sobre mi frente
los hilos de una nube desflecada,
tengo la primavera amortajada*

*en sudario de sal, eternamente
yo me muero de sed y tú eres fuente,
pero eres para mi fuente sellada.*

El Cristo de las Indulgencias

A mi primo Miguel

*Roto cirio moreno, todo llama,
divina cera herida por la muerte,
sombra de Dios cuajada en cruz inerte
que de bondas soledades se encarama.*

*Vara de jara en flor que se derrama
abierta en cinco pétalos, de suerte
que sobre el fino tallo, hurraño y fuerte
se abre en llagada luz sobre la rama.*

*Por los viejos adarves, tu calvario,
a ritmo de tambores y clarines,
revive la madera bien labrada.*

*Barre oscuros de noches el sudario
y te enciende en la sien ricos carmines
el filo de la limpia madrugada*

Ensueño

*Amor, dije sencillo
y en la dulce palabra recostado
ensoñé por la niebla
la cariciosa mano
desvanecida y lánguida,
sin peso ni color, jirón de raso.*

*Una verde espadaña
mecida en la bondad, rendido dardo,
en la herida inocente
de los dormidos labios,
trashúcidos reflejos
le dejaban en trémulos desmayos.*

*Un esguince suave
de cisnes resbalando
sobre los vidrios tersos de la orilla,
bajo los sauces mansos
con los hilos de plata
y sedas verdes tejen un brocado*

☞ *Nacencia* ☞

*En un establo, al sereno,
tiene mullida la cuna,
para comadre, a la luna
y, de pañales, el beno;
late la vida en el seno
de la Madre, que le espera
con una dulce manera
prendida de azul sonrisa...*

*Y tiene la noche prisa
por encenderse en hoguera.*

*Porque ha nacido zagal
tiene en un chozo cobijo;
tan poca cosa el cortijo
y el Mundo por majadal.*

*Ay del tierno recental
nacido de tanto Amor;
ay, que el gozo y el dolor
se ayuntan para su daño...*

*Afuera espera el rebaño
El silbo de su Pastor*

☞ *Preludios a la primavera* ☞

*Vinieron las cigüeñas.
Llevan días posando en el tejado
como veletas vivas,
en rojo y blanco y negro garabato,
dando la cara al viento.*

*Tienen yemas, los árboles del patio,
preñadas de hojas tiernas
y en el muñón podado
la parra llora lágrimas de savia
en silencio y despacio.*

*Un gorrión, que tengo
hecho al calor y al hueco de la mano,
se fue por la ventana y aun no ha vuelto
ni sabe Dios si volverá ni cuando.*

*La torre de la iglesia
se adorna ya de tiernos jaramagos
y tiene dos vencejos
jugándole en lo alto.*

*Un sol me nace adentro,
madrugador y alegre como un pájaro,
y me entibia los fríos
y me funde la escarcha de los años.*

*Igual que las cigüeñas,
tiendo mis viejas alas y me lanzo
a volar ilusiones,
a rebrotar dormidos arrebatos
y a llorar mis sarmientos
perdidos y a quemarlos;
arderán como yesca
y me darán cien llamas como dardos.*

*El balcón de mi celda
de par en par lo abro
porque me alcance luego,
y porque yo también pueda alcanzarlo,
el olor de cantuesos en el nido
y el celoso reclamo.*

*Alzo a la luz la frente
enramada de mirtos y pámpanos
y una inefable algarabía
me aturde con su grito alborozado.*

*La sangre me redime,
canta en el corazón igual que antaño.*

☞ *Sólo unos versos* ☞

*Qué poco fío en mí,
cómo conozco
la poquedad de mi palabra;
qué poco soy, qué poco
vuelo tienen mis alas.*

*Apenas si he bebido
del agua clara;
apenas he comido
pan de cebada.*

*Tengo de cales viejas
una roída esquina blanqueada
y unos pobres geranios
en dos macetas desportilladas.*

*Andan sueltas las cuerdas
del son de mi guitarra
y me han manchado la Luna
los astronautas.*

*Sólo me quedan unos versos
En la troje de mi casa.*

☞ *Dolorosa de la Esperanza* ☞

A los cofradieros de San Juan

*Iba por el camino, desolada,
peregrina de ausencia y amargura,
herido el corazón, la desventura
latida en el suspiro y la mirada.*

*Hierve de humanidad, en turba airada,
esta Jerusalén áspera y dura,
pozo de sal hendido de angostura,
ciega a la luz y sorda a la llamada.*

*Camina en soledad, el verde manto
bordado de diamantes por el llanto;
traspasada de amor, sin tino avanza.*

*De amor y de dolor es su congoja,
por eso, por divina paradoja,
no siembra con su llanto la esperanza.*

Corazón de España

(Romance Heroico)

Flor Natural de la II Fiesta del Romance de Cáceres (1965)

*Quién sabe por qué raro encantamiento
se le cuajó la mar en tierra calma
y le ancló en honda piedra el alto porte
del navío, con el que navegaba
Dios sabe por qué rumbos y horizontes,
sabe Dios por qué cielos o en qué aguas.*

*Pero el caso es que está, de muchos siglos,
esta ciudad de Cáceres tan varada
que en piedra se tornó su arboladura
su cubierta, sus puentes y sus jarcias.*

*Una brisa de encinas y trigales,
de tomillos cantuesos y de jaras
le rueda por las olas de granito,
por los riscos de surcos y majadas
y le aroma sin sal la piedra austera,
inmóvil, de sus torres almenadas.*

*Paró en nido de hidalgos, alcotanes
ariscos y altaneros de la raza,
que duerme con dolor de lejanías
melancólicos sueños y añoranzas.*

*Cernícalos rapaces y cigüeñas
le anidan en almenas y bulancras
y cada primavera le reviven
con sus chillidos y batir de alas
el grito marinero que saluda
las primeras gaviotas en el alba.*

Pasaron muchos años, ¡cuántos años!...

*Un dolor paridero en las entrañas
estremeció la roca del navío
de las bondas cuadernas a las gaviotas.*

*Por tertulias, reuniones, mentideros,
en afueras, por calles y por plazas
corre la voz llamando a la aventura
insólita y sin par: La mar oceánica
el tenebroso piélago, no hollado,
cerrado al más allá, puerta sellada,
ha de rendir hogaño su secreto:*

*Quien haya intrepidez, venga a probarla
que a todos se apellida desde ahora
a esta empresa viril de las Españas.*

*El costado cordial, al viejo Cáceres
le palpité de gozo a la llamada
y soltó un aguilucho de sus riscos,
como diz que Noé hizo en el Arca,
para que, adelantado, le trajese,
si valía la pena tal hazaña,
el primer galardón de aquel suceso
prendido por blasón entre las garras.*

*Partió Pedro Corbacho. Fue primero
en la gran singladura Colombiana
y no volvió jamás. En la Española,
Fuerte de Navidad, rindió su ánima
y fecundó con sangre cacereña.*

*El mar, el más allá, tan presentido,
ensueño y ansiedad, cuasi que el alma,
que duele a Extremadura tan adentro
como una sed de estrellas, ¡tan lejanas!:
de esta tierra, que trepa a las colinas
para seguir el curso de las aguas
borrado inútilmente en los ocasos
entre brumas azules, rojas, malva...;
este mar imposible en sus orillas
suena su caracola tan cercana
que parece batir las verdes olas
junto al pie del bastión de las murallas
y le inunda de historias y leyendas,
de proezas, asombros y esperanzas.*

*Y es entonces, por fin, cuando despierta
y, bella paradoja, traspasada
de sueños de infinito, por atajos*

*y caminos reales se derrama
hasta la orilla azul del mar Atlántico
y asalta los navíos y sienta plaza
porque a todo se arroja un extremeño
cuando valen la pena las bazañas.*

*Y se vierte en las Indias con divinas,
febriles impaciencias sobrehumanas
y atraviesa las selvas imposibles,
las increíbles crestas peruanas
que jadean volcanes pavorosos
y abren abismos de insondable entraña;
rescata cien tesoros fabulosos
conquista los imperios por jornada,
sangra a las tierras vírgenes los pulsos
abriéndoles las venas de oro y plata
y, fundando ciudades inauditas,
con la vieja semilla de esta hidalga
Ciudad de caballeros, siembra hondo,
un continente entero por besana,
con la divina cruz sobre la frente
y el surco abierto a golpes de la espada.*

*La hora de la Historia había sonado,
tronó recio en los ámbitos de España,
ahora en trance de Imperio, y, al costado,
justo en el corazón de tierra y raza,
está la Extremadura, palpitante,
señora y singular la noble casta,
donde un pastor cualquiera nunca es gente
y sólo sí persona y, tan bizarra,
que igual encarna un Pedro Garabito
que un Francisco Pizarro luego encarna.*

*No fue en vano el rebato de la hora,
no clamó en el desierto la palabra.*

*España estuvo a punto y en su puesto,
embrazado el escudo, alta la lanza
y el ánimo dispuesto a toda empresa
digna de su destino y de su fama.*

*En el costado de sus tierras, Cáceres
fue el corazón señero de la Patria.*

☞ *Canto llano* ☞

*Me han traído los años
de mi primer otoño
el canto más sencillo
en sus hojas de oro.*

*Mi viento es ahora brisa
con susurros de soplo;
mis luces en crepúsculo
difuminan sus tonos;
la sangre, río sin prisa
y cada vez más hondo,
la risa remansada
sin pueril alboroto,
el corazón sereno
para el amor y el odio
y la frente más ancha...
y el ánimo más solo.*

☞ *A la torre de la peña redonda* ☞

*Torre de mi barrio, en piedra
clavaron tus pies, y tramos
de piedra
son tu torcido espinazo.*

*Cuerpo robusto y redondo
que es seco y erguido tallo;
redondo
árbol de piedra sin brazos.*

*Ventanucos de agujeros
negros, de mirar cegato;
agujeros
de tu tronco apolillado.*

*Ojos de noche encendidos
–luz previsor de faro–
encendidos
llorando números largos.*

*Giraldillo en esqueleto
te pusieron en lo alto
esqueleto
de hierros atormentados.*

*Y encerrada en esqueleto
de rejas sobre lo alto,
cautiva,
tienes la voz de las horas
como mojas de llanto.*

☞ *Arquitectura rota* ☞

A las ruinas del castillo de Arroyo de la Luz, mi pueblo.

*Encías descarnadas,
alveolos vacíos de las torres
con caries de bulanclas.*

*Nidos secos, de pájaros de noche;
nidos podridos de cementerio viejo
con huecos de calaveras, infecundos,
y mullido de huesos.*

*Escalera difícil de muchachos al viento
que la suben y bajan y le arañan veredas
igual que las hormigas van pelando caminos
sobre una clueca muerta.*

*Y respira milanos y cernícalos quietos
por entre el cuadernillo tupido de la huerta
y guarda en las entrañas, vacas que rumian lento
el moho de la hierba.*

*Tiene una puerta sola
con un ojo ciclópeo que se queja
con la pupila rota.*

*Solo de noche, por encantamiento,
adquiere majestad de nuevas formas
y le nacen almenas de la bruma
y la grajuela cántale la ronda.*

*Y hay guardia en sus adarves, de fantasmas
y almas en pena de gente mora
y le trova la Luna en el pandero
de su panza redonda.*

*La noche reconstruye, del castillo
la arquitectura rota.*

☞ *Domingo de Ramos* ☞

*Rompe el amanecer con puño de oro
el ébano engastado de zafiros
y, se enraman de olivos,
de romeros de juncias y de aromas,
las horas estrenadas del domingo.*

*Hierve Jerusalén y se derrama
por grajuelas y acequias
y, la luz de la fiesta
saca astillas azules y escarlata,
amarillas y verdes y violetas
de mantos y kufies, de tenues velos
y de las barbas crespas.*

*Burbujea la risa
y la parla crepita y burbujea,
En las torres vigías
se encienden acerados centinelas.*

*Muchedumbre romera de la Pascua
grita hosannas y alfombra con los mantos,
que se huellan de cascos
en pozuelos sin agua,
el paso de gacela de una asna
que lleva sobre el lomo
al hijo de David.*

*Se abre la puerta
de la muralla como un palio de oro;
bermejós resplandores cabrilleán
las micás de la piedra
y en la mirada azul del Enviado
se ahogan dos luceros
temblorosos de amor y de reflejos.*

*Le aclaman los de Lázaro
los de Genezareth...*

*El manto blanco
tiene anuncios de Hostia y transparenta
la llaga del costado.*

☞ Aquella luz ☞

*Se empañaba el cristal, como los ojos
cuando guardan las lágrimas adentro,
se habían ido las cigüeñas
hacía mucho tiempo
y las hojas de bronce
ya eran pájaros muertos.*

*Remendaba el asfalto cicatrices
con anchos costurones y el resuello
de un autobús le goteaba
las babas de su grasa por el suelo.*

*Un transistor monótono
repetía lejano como un rezo
de números absurdos:
dos uno, tres a cinco, empate a cero...*

*Era triste la tarde.
La ciudad aburrida de silencios
abría los redondos soportales
en una hilera de bostezos.
Abrí la puerta a mi ventana,
de par en par, y el tiempo
se llenó con la luz que yo tenía
encendida en el pecho.*

☞ Fausto ☞

*Tengo mi armario abierto,
con las puertas sin goznes,
lleno de cosas viejas
y nuevas en desorden.*

*Una peluca añeja
sobre la frente joven
se nubla en las auroras
con sus grises de noche.*

*Por arterias sin pulso
se aboga mi sangre noble;
si me salta el deseo
los huesos se me rompen.*

*Siento el amor lozano
entre mis labios torpes
y el corazón, sin ecos,
en vano me da voces.*

☞ *Hombre nuevo* ☞

A la Virgen de la Luz, patrona de mi pueblo

*Por el barro cocido de mi nada
llegó el álito blanco de tu aliento
y llamó con amor en el rastrillo
y vibró por la quema de mis huesos,
en órgano encendido, a tus voces
de sonoros silencios.*

*En los filones de mi sangre inmóvil
golpeó tu paloma su aleteo
y los barrenos hondos estallaron
labrándole a la luz un cauce nuevo
y dejando a la linfa de mis lavas
todo el cráter abierto.*

*En la cimera bóveda del cráneo
me arrulló sus amores tu zureo
y despertó las negras soledades
dormidas tras los muros de mi yelmo
y me alzó la visera de los ojos,
que fueron ojos muertos.*

*En el músculo rojo e insensible
de mi fuente, cegado manadero,
borboteó despacio el agua clara
de la limpia fontana de tu pecho
y derramó por sendas y laderas
sus azules de cielo.*

*Todo yo, estremecido de andaduras,
me sentí deslastrado, más ligero,
con un sabor de rica primavera*

*de la raíz al labio rebullendo
y un ramos de alas blancas, invisibles,
alzándome del suelo.*

*Y caminé despacio tus veredas
y coroné, uno a uno, tus oteros
y me abrigué de noche en tus rediles
cariciosos de arrullos y careos
y conté las estrellas a millares
en mis horas sin sueño.*

*Con un amor de tules, tu sonrisa
soñada junto a ti, posaba luego
un rocío de luz sobre mi frente,
aliento de mi humano desaliento,
y me dejaba al aire las raíces
desligada del cieno.*

*Con el rumbo clavado entre los ojos
pasé la barra azul de tu misterio
y en la limpia bahía de tus aguas,
con un surco de espuma, todo recto,
labré profundo las entrañas tersas
de tu blanco barbecho.*

*Y allí te vi como el Señor te hizo;
bien sembrado de amor el puro seno;
por un amor traspasado siete veces
el nido palpitante de tu pecho
y, en amor rebosado, derramado
las gracias de tu sueño.*

*Alcé a tu luz las manos como cirios
y me prendió la llama de tu cuerpo,
y fue tu corazón todo de aurora
entre mis pobres temblorosos dedos.*

*Me sentí redimido en tu presencia:
¡Todo yo un hombre nuevo!*

🌀 *Poema del Valle en Flor* 🌀

Primer premio de la 1ª Fiesta del Cerezo en Flor (abril 1972)

*Aún hay nieve en los montes,
aún se peina la barba el padre Gredos,
aún relumbran marfiles
los carámbanos del diente Calvitero*

*cuando la Extremadura
desde lo alto del Puerto,
se abre de par en par en tierra madre
y le tiende al viajero
la mano forestada y rica en dones
de todo el Valle, en flor de sus cerezos.*

*Este Valle, esa luz...
Tierra solemne
de colores intensos:
cárdenos, amarillos, sienas cálidos;
en los bancales, verdes azulencos;
brezos, de flor rojiza;
varas de plata, en los piornos nuevos;
granitos herrumbrosos,
brillos de pana en los labrados negros
y el árbol florecido,
alcatifa del cielo,
hermano perfumado de la estrella,
boca breve de pétalos
donde sus dulces labios
puso la primavera para el beso
de la luz y el rocío,
de la abeja y los céfiros.*

*Todo el Valle es camino
para andar en sosiego:
sendas de piedra, antiguas,
y veredas tendidas en los cuestos
como cuerdas de esparto,
ásperas y cortantes, de cabreros;
atajos que se esconden
entre angostos rodeos,
trochas que le hacen quiebros a los robles
y se peinan de brezos y sarmientos,
mansas cañadas por el soto
y cordeles que miran hacia lejos.*

*La calzada sea longa,
entre nupcias frutales, por el centro,
y el resol le abrillanta los charoles
y les saca reflejos.*

*Jugando, zalamera, con el río
Se hacen guiños de mutuo galanteo.*

*Caminitos de aguas
serenas en el vado, como espejos;
borbotando en las boces
de orillas nazarenas de cantueso;
fragorosa, en gargantas escondidas;
agua viva en los limpios manaderos.*

*¡Qué bien le baila el agua
al río recién nacido y todo abierto
a hermosas claridades!*

*Agua blanca, de heleros;
agua forjada, musculosa y joven;
agua cimera, de altos abolengos
campanillera y rumorosa,
claro bilván de la hierba en los esteros;
agua mansa en rodales, virginal;
agua despedazada en arroyuelos
galopando hacía el Jerte
tan pendiente y derecho
que lo sigues en toda su largura
desde lo alto del Puerto;
cabrilleante de truchas,
nacido por ahí, Xertes belénico.*

*A un lado y otro lado, pura sierra,
cumbre de bosques y de hielos.*

*De bondones y laderas,
suben olores frescos
aromosos de néctares frutales,
de mejorana, juncias y poleos;
de amargos amarillos de retama,
de viñas y de helechos.*

*Huele a campo glorioso,
a mañana y a tarde de los huertos,
a toronjil y adelfas,
a tomillo y a rubia miel de almendros.*

*Penetrado de olores de delicia
se transe de dulzura todo el pecho.*

*Como de cogujadas y de alondras
tiene nidos de pueblos
y como de alcotán y águila cauda,
entre broncos roquedos
colgó casales altos...*

*Hombre de tierra y vuelo
que enjoyó de la orilla hasta la cima
con ímprobos esfuerzos
y, con amor de recia varonía,
desde lejanos tiempos,
haciéndole arrumacos de bancales,
mulléndole el regazo de majuelos,
engarzando cristales de sus aguas,
coronándole el pelo
con el laurel de las brillantes hojas,
labrándole aderezos
con pámpanos y aljófara de racimos,
fecundándole el seno
con la semilla honrada
de aquel buen sembrador del Evangelio
hizo parir al Valle, sin medida,
sustento para el cuerpo,
regalada fineza para el alma:
ricos sabores de manjares nuevos
y la luz y el color y la fragancia
y el trabajo y la paz de Dios con ellos.*

*La tierra les brotó ruda esmeralda;
sus hombres le pulieron los destellos.*

*Sobre el fondo del Valle,
¡mirad el mar en flor de los cerezos!*

☞ Primavera en la ciudad vieja ☞

Para Alfonso Díaz de Bustamante, que tanto la ha regalado.

*Tiene la ciudad, las torres
florecidas de cigüeñas
y corderillos de nubes
triscando en altas veredas.*

*Una brisa, por lo alto,
le despeina las palmeras.*

*Con un tablero de damas
que sube lento la Cuesta,
le dibujan las baldosas
listones de verde yerba.*

*Suena limpio el esquilón
para la mis primera.*

*La tibia mano del sol,
con hilos de rubias hebras,
le teje bellos rubores
en la mejilla de piedra.*

*Mil relumbres de diamante
las micas le cabrillean.*

*Un torreón se ha prendido,
bajo el alero de almenas,
zarcillos de cabrahígo
y gargantilla de hiedra.*

*El cielo tiende su azul
entre veleta y veleta.*

*Cuando pasé, de mañana,
por el Arco de la Estrella,
toda la esquina de enfrente
se vertía de primavera.*

☞ *Romance del torero muerto* ☞

*Como un clavel moteado
luce el graderío entero.*

*Cabrillean las arenas
en el redondo desierto
donde una curva de sol*

*pinta dos lunas a un tiempo:
una, que crece y es negra
y, otra, menguante y de fuego
-maleficio de gitana
con mal fario en el agüero-*

*Pilones de oro y de plata,
en hileras, los toreros
son figuras que no pesan
y, paso a paso, midiendo
van con bella geometría
un diámetro siniestro.*

*Todo es alegre en la plaza,
solo el torero está serio.*

*Desdentada y toda negra
abre la boca el chiquero
vomitando de repente
un huracán con reflejos
de negra piel musculada
y plateada de belfos.*

*Por hermoso, el animal
deja el ánimo suspenso.*

*Galleando la cabeza
se esculpe en estatua luego
mientras el lomo le cierne
polvillo de estercolero
y el rabo azota, felino,
los dos ijares berrendos.*

*Tiene el torito la firma
magistral de lo perfecto.*

*Hay un viento de colores
carminados con revuelos
de faraloes ceñidos
por un cinturón de cuernos.*

*Hay un medir de los campos
para desigual torneo
con volatín solidario
de caballo y caballero.*

*Hay un florecer de ramas
con las raíces de hierro
y savia roja vertida
en el morrillo sangriento.*

*Hay un tallito de junco
afiligranado y bello
quebrando con la cintura*

*al ímpetu bravo y fiero
en un trágico remate,
medido por el maestro
tan tasado en distancia
como sobrado en el riesgo.*

*Y hay un grito adolorido
de mil gargantas a un tiempo
y una procesión sin filas
con andas de brazos muertos.*

*Roto y sin luz en los ojos
se quedó el torero yerto
con la cara de aceituna
dormida en marfiles viejos
y la cera del costado
floreceda en pensamiento.*

🌀 *Junto al quicio* 🌀

Amigo:

Bien venido hasta mi puerta.

*No sé por qué caminos has llegado
ni si vienes de paso y con presura
o deseas sentarte en mis umbrales.*

*Ignoro si la vida te regala
o si el dolor te aflige, como a tantos.*

*Como quiera que sea, y si es tu gusto,
ven adentro que, si mi casa es pobre,
tiene alto el dintel y no es preciso
agachar la cabeza para honrarla.*

*Tengo pan en la cesta y agua viva,
de manaderos, en la cantarera;
tengo leña de encina y un escaño
en donde reposar junto a la lumbre.*

*Apenas tengo más y eso te ofrezco
para si quieres, luego, compartirlo
en paz y como Dios dice que se haga.*

Y que El te guarde hermano, y te acompañe.

☞ *Llamas de capuchina* ☞

(greguerías)

- Era un hombre tan alto que tenía una nube en un ojo.
- Los aviones son pájaros gigantes disecados con las alas abiertas.
- Le gustaba tanto comer que tenía una dentadura de repuesto.
- Después de la poda, los árboles quedaron clamando al cielo con los muñones de sus brazos.
- La bombilla dejó de dar luz porque se le derritieron los sesos.
- Dijo Bécquer: "... yo no sé que te diera por un beso.". De haber vivido en estos tiempos, lo que hubiera podido ahorrarse Bécquer.
- El paso de cebra es una irresistible tentación a eso de andar sin pisar raya.
- Toda la riqueza de la espiga se apoya en una fina y débil caña.
- No hay modo de hacer aprender a mi reloj a contar más allá de hasta doce.
- Da gusto viajar desde que el tren se ha quitado del tabaco.
- A veces, cerramos los ojos para ver las cosas más claras.
- Afortunadamente, los caballos de hoy están muy comprimidos, pero, así y todo, la ciudad está convertida en una inmensa cuadra.
- El pantano es el engorde del río para hacerlo luego embutido en tripa de cañerías.
- Soltaron tantos globitos que el cielo parecía un vaso de gaseosa.
- Eso de casarse no es que sea morir, porque tampoco es pasar a mejor vida.
- Decían de él que era muy bruto, pero muy noble. ¿Estarían hablando de un caballo?
- Nadaba como un pez, pero, como no respiraba como un pez, se ahogó.
- Hay quien saborea los libros, lo mismo que los ratones.
- Cuando rajamos un melón rompemos la hucha de las pipas.
- No hay modo de saber lo que es la democracia. Cada uno la define como quiere, que debe ser, por lo visto, lo democrático.
- En el reloj, el tiempo no pasa nunca; solamente se repite.
- Hay árboles que, en invierno, son una neurona.
- Como no veo ya muy bien, cuando aprieto el botón del ascensor, siento el desasosiego de haber llamado equivocadamente a otra puerta.
- Tenía tanto lunares en la cara que parecía el seis doble.

- Al lenguado lo diseñó Dios cuando era niño; por eso le pintó los dos ojos al mismo lado de la cara.
- Hasta el maullido de un gato puede tener acentos amorosos y sentimentales.
- No tartamudeaba; era que estaba aprendiendo a hablar a máquina.
- El girasol es una flor hipnotizada.
- El tenis es un deporte que produce en los espectadores la misma fascinación que la atenta observación de un reloj de péndulo.
- Era tan orgulloso que la joroba le había salido por delante.
- Las gallinas, cuando beben, rezan al estilo mahometano.
- Luego de mirar la lista de la lotería, caminaba rompiendo los décimos sin premio y sembraba las aceras con trocitos de sus ilusiones perdidas.
- Como las señoras llevan esos relojes tan pequeñitos, resulta que luego no tienen tiempo para nada.
- Hay quien no tiene una palabra dulce ni cuando saborea un caramelo.
- Por muy perfectos y veloces que sean, a los aviones les faltará siempre la gracia de saber batir las alas.
- Cuando las manecillas del reloj se cruzan, se saludan y dicen alegremente: ¡Hasta la vuelta!

☞ *Las razones de la chimenea* ☞

El pueblo gatea por la vertiente oriental de una extensa loma y se vierte despacio por la contraria, frenado por una larga banda de aguas embalsadas.

El alcor tiene la cuesta suave y la villa lo señorea y aun rebasa por casi toda la zona de su dilatado perímetro.

Una densa línea verde de huertas le hace media ronda con caminos y callejas donde el polvo, finísimo, ondula crestas y senos de dunas efímeras. Por el otro costado el verde es más sobrio y con raíces hondas: Un mar de encinas, en tierras de berrocal posidas y tiernas de pastura de otoño a primavera y en el estío secas y erizadas de vilanos y zaragüelles.

Por un lado al pueblo le trovan mirlos y oropéndolas; por el otro le arrullan tórtolas y abubillas.

Tiene el lugar un rollo berroqueño y desnudo y una industria de alfarería, artesana y morisca, que le hace famoso en muchas leguas a la redonda.

Para un muchacho de pocos años como era yo a la sazón, el verano en Ribera de Aguasclaras, que así se llama mi pueblo, tenía sabrosísimos incentivos.

A la hora de la siesta, cuando todos dormían en las frescas habitaciones del piso bajo, gustaba de andar por los desvanes de mi casa curioseando en baúles y viejas arcas y soñando aventuras y tesoros con obstinación a prueba de fracasos. Muchas veces, estas correrías acababan en la azotea, desde donde solía arriesgarme en prohibidas y peligrosas excursiones en busca de nidos de pájaros que dejaban las techumbres muy bien estropeadas y con graves averías en tejas y cañizos.

La azotea tiene un tejadillo bajo el cual corre, todo a lo largo del muro, un poyo de cal y canto. Como la pared opuesta a esta especie de sombrero es la más baja de la azotea, ofrece por esta parte un dilatado panorama de tejados y lejanías, torrados a estas horas por el sol implacable del verano extremeño.

Frente por frente, a una distancia de seis metros, poco más o menos, se yergue una robusta chimenea que arranca del tejado contiguo, también perteneciente a la casa de mis padres. Sin embargo, quedaba éste tan bajo respecto de mi zona de operaciones que se hacía imposible hasta para mis más arriesgadas audacias. Por eso entretenía yo muchos ratos oteando aquel limitado espacio, tan próximo en la distancia y tan lejano y difícil por su quebrada topografía.

La chimenea parte de lo hondo y se levanta por encima del nivel de la azotea buscando con decisión los cuatro vientos. Está terminada por superficies planas y asciende con aspiraciones de monolito truncadas en la cimera por un remate largo en arista, como un espinazo recto y duro. Muy en lo alto, sus cuatro laterales dejan espacios libres, interrumpidos por oscuros ladrillos puestos de canto, que, en tiempos, dieron salida a los humos del hogar. Semeja el busto de un viejo guerrero, calada la visera del yelmo.

Esta chimenea se había quitado del tabaco. Quiero decir que nunca salía humo por entre sus dientes, negros de sarro añejo, casi fósil. En efecto, perteneció a una antigua cocina desaparecida hacía muchos años. Se la cegó por la base y así se estaba, como un tronco muerto, con las raíces segadas.

La tarde de un caluroso día del mes de Julio gozaba yo en mis altas soledades regalándome con unos sabrosos higos que habían puesto a secar en el poyo de la azotea.

Del tejadillo saltó a la baranda un hermoso gato. Con ondulante y reposado andar la recorrió entera por el estrecho remate. El cuerpo largo y elástico le rebrillaba al sol como si lo llevara vestido de moaré.

Cuando llegó a la esquina de la tapia, juntó las cuatro patas, sondeó la hondura y se dejó caer a plomo.

No pude contener un movimiento de curiosa envidia y acudí en dos saltos hasta el pretil.

El gato andaba ya, perezoso, por entre los surcos de teja con la indiferente naturalidad del que apenas si ha hecho otra cosa que dar un saltito a la pata coja.

Era un robusto macho con la hechura magistral de lo perfecto. La cabeza gorda, que el bostezo abría en sonrosados pétalos cosidos con agudísimos relámpagos de nácar; el cuerpo flexible como una ballena; los músculos poderosos sombreados bajo la piel con la lujuria de las aguas hondas y el pelo fino y corto con tornasoles dorados que le chorreaban los ijares.

De pronto, se recogió sobre si mismo, se hizo una bola y quedó inmóvil, con las saeteras de los ojos clavadas en lo alto.

En uno de los huecos de la chimenea se había posado un solitario y miraba curioso hacia el interior negro y profundo. Aquella curiosidad le perdió.

Como disparado por una ballesta, en un salto inverosímil, el gato le atrapó entre sus garras. Un instante, formaron una masa de contornos indefinidos y, súbitamente, ambos desaparecieron dentro de la chimenea, arrastrados por el impulso del salto.

Con la paciente perseverancia de un naturalista esperé durante largo rato, los ojos fijos en la sonrisa inmóvil de los arremangados dientes de la esfinge. Ni al pájaro ni al gato volvió nadie a verlos jamás.

La mañana siguiente desayunaba con mis hermanos a la sombra de un frondoso naranjo que había en el corral de nuestra casa. Los arriates, regados muy temprano, daban gratísima frescura; el chocolate era espeso y aromoso y los churros, calentitos, crujientes, un bocado de rey.

Mi hermana Mari Luz quedó atenta con el suyo goteando a medio camino entre la jícara y la boca. Furiosos y espaciados maullidos venían de lo alto y estallaban en una cólera desatada. Todos buscaron con los ojos muy abiertos la causa de aquel extraño grito, que ponía espanto en el ánimo por su frenética violencia. Yo sabía que era el gato de la tarde anterior. Mi despierta imaginación de muchacho me ponía delante la chimenea como si fuera de cristal. Y, dentro, el felino daba saltos de pantera buscando un asidero que le liberara de la prisión. Pero la chimenea no daba espacio bastante para el impulso necesario y el esfuerzo resultaba inútil. Como el pez en la nasa, el gato estaba perdido.

Durante todo el día renovó incansable los intentos. La chimenea debía tener en las entrañas señales dolorosas de las zarpas del animal, pero permanecía estática, silenciosa, inexorable.

Por aquella época mi sueño era profundo e insensible a todo extraño ruido.

Rendido, como siempre, pasé la noche de un tirón. Pero apenas abrí los ojos sentí de nuevo los maullidos del gato. Ya no tenían aquel tono colérico de las primeras horas.

Ahora sonaban como la llamada del que, perdida la fe en si mismo, espera ser socorrido por manos ajenas. De tarde en tarde se adivinaba un nuevo salto, por la rabia impaciente del baladro, rugido con el rencor de una blasfemia. El animal no se resignaba a morir y tensaba con desesperación los cansados músculos y entallaba con las uñas profundas estrías en el vientre petrificado de la chimenea.

Los días se sucedieron varias veces, cronometrados por aquel reloj vivo, que regurgitaba los segundos en maullidos lentos, más espaciados y débiles cada vez. Poco a poco habían ido perdiendo irritación hasta convertirse en un lamento monótono, triste y desesperado, como el exhausto vagido de un niño extenuado y moribundo.

Por fin no se le oyó más. La chimenea había digerido con horrible calma la vida jugosa y recia del fiero animal.

Desde entonces, aquel monolito desconchado y negruzco me produce una mezcla de antipatía y terror que, después de tantos años no acierto a definir.

No hace mucho tiempo, convino habilitar de nuevo para cocina lo que para tal había sido destinado al edificar la casa. Cuando los albañiles desfondaron la tapiada chimenea, apareció entre los escombros la huesa monda del gato; nada más. Como si aquel lavado de estomago le hubiera rejuvenecido, a los pocos días volvió a su olvidada costumbre de arrojar humo por la nariz.

Una tarde del verano pasado, me acodaba en la baranda de la azotea, con la vista perdida en el lejano horizonte. Era la hora que precede al crepúsculo. El sol careaba un rebaño de nubes con el vellón irisado de rojos, malvas y amarantos. Las campanas de la parroquia tañían las ternuras del Ángelus. La tarde se unguía en los campos con bálsamos de tomillos y cantuesos.

Mis hijos jugaban cerca de mí.

Súbitamente, no se como ni por qué, recordé todo lo que refiero más arriba.

Delante de mis ojos tenía la vieja chimenea. Y me pareció que sonreía con un gesto entre dulce y amargo que dejaba al aire sus dientes careados y sarrosos.

Y me habló. Me habló con una voz de bajo blanda y acolchada. Recuerdo muy bien que decía: Ya, ya se que no te caigo simpática y hasta que me odias un poco, a pesar de que ha pasado tanto tiempo desde aquello. Y sin embargo, yo no tuve culpa de nada. Hasta pudiera decir que soy la única con derecho a quejarse. El maldito gato se me coló adentro antes de que yo pudiera cerrar la boca para impedirlo. Por más esfuerzos que hice no fui capaz de vomitarlo. ¡Malhaya sea...! Me dejo el intestino con

más flecos que un mantón de la China. Desde entonces no hago una digestión como es debido. Y, arrojando una densa bocanada de humo, calló definitivamente, ajena por completo a mi gesto de asombro, con la elegante indiferencia de quien está muy por encima de las miserias de este mundo, tan lleno de injusticias y falsos testimonios.

Me incorporé sobresaltado al sentir a uno de mis retoños que me tiraba de la chaqueta, gritando: Papá, papá, no te duermas.

Y era la verdad que había dado un par de cabezadas.

Sonreí a mis hijos, di un beso a cada uno y, tomándolos de la mano, ordené retirada.

Bajábamos la escalera despacio y con precaución porque había empezado a oscurecer y se veían mal los escalones. Abrí la boca para decir algo a los pequeños cuando un rollizo mosquito se me metió hasta el gáznate. Fueron unas bascas terribles hasta que logré arrojarlo sobre el pañuelo.

Así que pude alentar, mirando hacia la chimenea, exclamé rotundo con una afirmación muy de las gentes de mi lugar:

Son razones, si señor, SON RAZONES.

☞ *Cuentos / Don Benito* ☞

Porque atendí rápidamente a ello, tuve el tiempo justo de coger a don Benito por un brazo y evitar que se diera de bruces contra el suelo.

Quedo a medias colgado de mi mano, a medias apoyado en sus piernas, temblorosas y ya sin vigor. Las gafas, aquellas gafas de aro fino dorado y pequeños vidrios elípticos, que había usado siempre, le resbalaron hasta la punta de la nariz; una patilla, desprendida de la oreja, vibraba buscando asirse de nuevo a lugar seguro; se le había ido la color del rostro y los ojillos, sin la protección habitual de los cristales, miraban asustados y desvalidos, como cría de guarda a la que destapan la madriguera.

Luego que se repuso del sobresalto, se enderezó las lentes, irguió el cuerpo hasta donde pudo y se evadió de mi mano igual que si se sacudiera el polvo. Los ojos le brillaban ahora como un rescoldo y en los labios tenía un temblor iracundo balbuciendo lindezas contra el alcalde y Ayuntamiento pleno.

Tan enfurecido estaba que no agradeció mi ayuda y aun me miró con reproche para mi entrometimiento, lo que, por otra parte, era muy propio de su carácter arisco y atrabiliario.

—Quita de ahí, carajito. ¿Crees que no puedo sostenerme sólo?

—Pues si no llego a agarrarle a tiempo, seguro que da usted con la nariz en el santo suelo.

—Con la nariz en...las narices. ¿A esto le llamas tú suelo, y nada menos que santo? ¿A esta pobre plaza que el calabazo del alcalde ha convertido en campo de alunizaje y por donde un cristiano no puede caminar sin el riesgo de romperse la crisma a cada paso?

Y era la verdad que todo el piso de la plaza, en obras, aparecía como un puro bache, con escalones imprevistos, atarjeas al aire y bloques de granito cuarteados o en montón. Parecía que los cíclopes hubieran andado por allí haciendo de las suyas. Unaexcavadora hozaba en el destripado pavimento y dos docenas de obreros armados con barrenas, picos y compresores operaban en nervios, arterias e intestinos del monstruoso paciente.

Logré sacar a don Benito de aquel maremagnum y llevarlo a una calle inmediata, que había quedado como nueva después del arreglo que el Municipio había acometido en las principales vías de la ciudad.

—¿Ve usted que bien ha quedado esto? Pues lo mismo le van a dejar a usted la plaza dentro de bien poco.

—Un cuerno me van a dejar. Más de seis meses llevamos ya que en casa no hay quien pegue un ojo ni sosiegue ni se entienda desde las siete de la mañana y nos tienen a todos rebozados en polvo como a croquetas sin freír.

Don Benito no otorgaba a nada. Era el de siempre, con el natural abundamiento de sus muchos años, que le habían aflojado las piernas de andarique pero no su endiablado humor de cascarrabias.

Caminaba con las rodillas siempre en flexión y arrastrando un poco los pies; con el equilibrio inseguro, que le obligaba a frecuentes paradas.

Tenía el hablar gangoso y ligeramente siseante, como que era cordobés aunque llevaba más de cuarenta años en nuestra ciudad, y aquí habían nacido la mujer y los hijos.

Vino muy joven de Catedrático al Instituto General y Técnico y aquí se jubiló.

Por sus clases pasaron, y repasaron, muchas generaciones de estudiantes.

Porque era terrible a la hora de calificar. Usaba de la ironía y el sarcasmo con fruición y no atendió jamás recomendación de chico, grande ni mediano. Pobre del alumno que se arriesgara a confiar su suerte a la influencia de una buena amistad de don Benito –que, dicho sea de paso, dudo yo que tuviera alguna, ni buena ni mala; ya estaba listo. Tendría que sufrir con resignada y paciente mansedumbre toda suerte de burlonas y mordaces alusiones amén de algún que otro chiste, malísimo, de los que don Benito gustaba mucho improvisar.

Mientras caminábamos, entre parada y parada, mis ojos le recomponían la figura de muchos años atrás y yo mismo me remozaba como si volviera a los del bachillerato.

Su clase a las ocho de la mañana, siempre puntual, indefectible; nunca nos concedió el imprevisto alborozo de una gripe liberadora.

Había que levantarse de noche aun y, con los ojos llenos de sueño, arrostrar las rachas del viento, afilado en las esquinas del Barrio Viejo.

Llegaba uno aterido al caserón –que fue convento de la Compañía- del Instituto y corría por el largo y oscuro pasillo de altísimas bóvedas en busca de la única ventana por donde entraba el sol recién nacido.

Allí encendíamos el primer medio cigarrillo, que no daba para más la desesperante puntualidad de don Benito, y que, con el estomago acedo por mor de la madrugada, le sabía a uno a rejalgar.

Aunque el aula daba al saliente, como tenía los ventanales altos y mas bien angostos, el sol no llegaba más que al banco en el que se sentaban Alberto Abad, Pedro Fraile y Pepe Monge y al que don Benito llamaba por eso "El convento". El aseguraba que aquella coincidencia había sido casual pero todos la sospechábamos obra suya para poder improvisar el chiste fácil, que solía ser algo anticlerical y volteriano.

Los demás no teníamos ni ese consuelo y habíamos de soportar tiritando las interminables y monótonas explicaciones, exhaustivas, de la aborrecible Cristalografía.

El encerado se llenaba de ejes, planos, parámetros y la intemerata, dibujados con tizas de diferentes colores, al tiempo que don Benito, de espaldas a la clase, gango-seaba una interminable retahíla de nombres raros y relaciones abstrusas, que no los entendía ni la madre que los parió.

Y menos mal los días que tocaba explicación que, al fin, uno podía pasarlo jugando a los ceros o leyendo una novela de Salgari, cuando no haciéndole una higa al "dodecaedro", que así llamábamos nosotros a don Benito, mientras estaba de espaldas con el cepillo en una mano y el clarión en la otra. Las más amargas penitencias eran las de los días que don Benito dedicaba a preguntar.

Sacaba la lista, creaba una situación de angustia y señalaba:

–A ver, señor Chaparro.

El señor Chaparro sufría un tremendo sobresalto, perdía el color y salía dando tropezones hasta la plataforma de la cátedra, mientras los demás respirábamos hondo, aliviados, de momento.

–Dígame, señor Chaparro, ¿a qué se llama pinacoide básico?

–¿Pinacoide básico ha dicho usted don Benito?

–Si señor, pinacoide básico he dicho yo don Benito.

El señor Chaparro meditaba profundamente y muy luego se embalaba y respondía:

–Como su nombre indica, el pinacoide básico es la cúspide de la pirámide...

–De Egipto, le cortaba don Benito, zumbón.

–No señor, verá usted -el señor Chaparro tragaba saliva-, pinacoide viene de pináculo...

–Claro, claro, y pináculo viene de pina y...lo otro. Muy bien, señor pináculo, vaya, vaya a sus sitio y ponga lo otro con cuidado sobre el asiento, no se vaya usted a lastimar.

El señor Chaparro volvía a su lugar tropicando más que a la salida, con las orejas echando fuego y el mote de “pináculo” para una larga temporada.

Cada una de las ocurrentes agudezas de “Dodecaedro” había sido coreada por todos con evidente exageración, de modo que se advertía bien claro que la rechifla alcanzaba a profesor y alumno. Don Benito, entre complacido y molesto, afilaba las uñas para la presa siguiente.

–Señor Bersocana, seseaba.

El señor Berzocana, que no se sentía con fuerzas para sufrir el martirio, se incorporaba ligeramente y con la voz de un preagónico decía:

–Un servidor no ha podido estudiar la lección, don Benito.

–Querrá usted decir que no le ha dado la real gana de estudiar la lección.

–No señor, no. Es que me dolía la cabeza...

–¿Toda?

Jolgorio general, porque era cierto que el señor Berzocana tenía la cabeza generosamente edificada.

–Sí señor, digo, no señor...

El señor Berzocana no sabía ya lo que decía- de dientes para afuera, claro, porque in mente tenía clarísimas las ideas y le estaba trabajando a don Benito toda la parentela con muy castizo y significativo vocabulario-

–Si, señor Bersocana, lo que pasa es que me parece a mí que tiene usted mas de berso que de cana.

Nuevo escándalo y más crudo significante en las adjetivaciones que el señor Berzocana dedicaba a la familia del “Dodecaedro”.

–Bien, señores, cuando quieran entretenerse jugando a los seros, como acostumbran, no tienen más que desirmelo y yo les presto la lista de clase, donde los tienen ustedes de cosecha para todo el año.

Cuando el bedel abría la puerta y daba la hora era como si se abrieran las del cielo para nosotros.

Don Benito salía el primero y, ya sin prisa, nosotros tras él.

Algunos rodeaban a los santos mártires del día, entre burlones y consoladores.

Berzocana se los sacudía arisco y con el entrecejo hecho un puro frunce barboteaba: al tío "Dodecaedro" éste le voy a pegá un día una patá en las turmas que se las voy a poné en el pescuezo. Berzocana era de un pueblo de la provincia, donde tenían fama de brutos, y estaba aún sin desbatar del todo.

Pero la tensión pasaba pronto y, ahora, entre clase y clase, el mundo era nuestro otra vez, aunque no tuviera más amplios horizontes que los limitados por los recios muros de los pasillos del Instituto.

Aun no estaban de moda esos tremendos complejos de la adolescencia que nos han traído las películas americanas, tan llenas de falsa, ternura y contagiosa estupidez.

Los muchachos éramos alegres y elásticos como una buena pelota de goma en la que una abolladura apenas dura medio segundo. Claro está que admirábamos y queríamos a unos profesores y aborrecíamos a otros, pero sin rencores canijos. En todo caso, cuando podíamos, les hacíamos una jugarreta y, en ocasiones, les formábamos un tiberio sonado.

Durante unas prácticas de laboratorio, Arbolanche le hizo polvo la chaqueta a don Benito vertiéndole un chorretón de ácido sulfúrico; Mendoza le casco una colección de caracoles y Berzocana le corto el rabo a un hermoso lobo disecado, la mejor pieza de su colección zoológica. Nunca se supo quienes fueron los autores de estas fechorías aunque, en alguna ocasión, la clase entera tuvo que sufrir las consecuencias.

Seguíamos caminando despacio. La calle venía llena de gente apresurada.

Algunos me saludaban al pasar. A don Benito nadie le hacía caso, nadie le dedicaba una sonrisa. Ya no era más que un jubilado del que nadie esperaba nada, al que nadie temía.

Unos mocitos con los libros bajo el brazo, despechugados y melenudos, le empujaron al pasar; ni se disculparon. Don Benito se tambaleó y sus manos se agitaron con ira impotente; en los labios le temblaba un improperio.

–Vaya, don Benito, le invito a un café.

–No puedo.

–¿Cómo que no puede? ¿Tanto tiene usted que hacer?

–No, no tengo nada que haser. Ya nunca tengo nada que haser.

Había amargura en sus palabras.

–Entonces...

–Es que me lo ha prohibido el médico. Dice que tengo tensión y entre él y mis hijas me traen por la calle de la amargura.

–Vamos, no haga usted caso. Si está usted como un muchacho, de joven y fuerte.

–Una birria, eso es lo que soy. Ya no puedo ni leer, hombre; no sirvo ni para haser recados.

–Bueno, bueno, no será para tanto. Hágame caso, olvídense de todo eso y vamos a tomarnos un cafetito, que es mi hora y lo echo de menos.

Don Benito se resistía apenas. Estaba deseando dejarse convencer. Yo sabía que era su único vicio y le insinuaba tentador sin malicia.

Se dejó llevar y entramos en el café. Nos sentamos a una mesa del fondo en un rincón cómodo y acogedor, casi confidencial.

Pedí dos cafés con leche, cargaditos sin exceso.

Cuando nos los trajeron, don Benito ofició en el suyo con parsimonioso esmero.

Luego sorbió despacio, con regodeo. Al placer de los sabores se añadía la fruición de lo prohibido. Su gesto traslucía una felicidad joven, como resucitada.

Mirándole, recordé con una sonrisa mis tres suspensos en Geología. Los había olvidado mucho tiempo atrás. Ahora casi se los agradecía con este obsequio barato y una sensación de grata ternura adentro del corazón.

☞ *Un día cualquiera* ☞

Abrió el balcón y dio la cara a la mañana.

El cielo estaba gris y el suelo mojado. En las cárcavas del pavimento envejecido, el agua se remansaba en pequeños charcos. Los árboles de la acera de enfrente lagrimeaban aun el último chaparrón y el viento suave tenía la caricia fresca y ligeramente húmeda de las manos infantiles.

¡Qué día tan bonito!, sintió sin decirlo y casi sin pensarlo. Era realmente, una eufórica sensación indefinible que le esponjaba el alma y sacaba la sonrisa a los labios.

Se aseó con el balcón abierto y se secó la cara y el torso, asomado a la barandilla. Era muy temprano y la calle estaba soledosa, en silencio. Se vistió sin prisa, con esmero, la ropa sencilla y bien cuidada. Luego, bajó procurando no hacer ruido, abrió el portal y salió a la calle.

Casi al volver la primera esquina estaba la cafetería en que solía desayunarse.

Caminó despacio. El vientecillo le metía los dedos sutiles por entre el peinado blando y en la boca llevaba aun el aliento fresco con el ligero sabor a presta del dentífrico.

Con frecuencia era el primer parroquiano. En la cafetería, las sillas todavía estaban encaramadas sobre las mesas, como encogiendo las patas para facilitar la labor del cepillo de la limpiadora y no mojárselas con la aljofifa que dejaba, al pasar, las baldosas brillantes y resbaladizas, barnizadas con el agua mañanera mal secada.

Tras el mostrador, dos empleados bostezaban mientras preparaban los servicios. Traían los ojos enrojecidos y la voz ronca, de sueño; aun no estaban del todo despabilados y contestaban con perezosos monosílabos. Le sirvieron sin preguntar, maquinalmente, porque ya conocían sus gustos.

Tomó su café con leche y unos churros, calentitos, sobre el mostrador, como todos los días, porque a aquella hora no había ninguna mesa disponible, pero no le gustaba hacerlo así. La “barra” le recordaba un pesebre y, en las horas de mucha concurrencia, toda la cafetería, aquellas grandes cuadras de alquiler que había en su pueblo, rebosantes de acémilas en los días de feria.

Echaba de menos aquellos cafés, que casi no había conocido, de los que tanto se habla en las novelas de la bohemia que había leído de muchacho, a escondidas y con fruición, mientras en su casa todos dormían la siesta.

Volvió a la calle. El cielo, todavía nublado, sangraba una herida de luz por el saliente. Respiró hondo, deliciosamente, como si besara los labios frescos de la mañana, y caminó con ritmo de buen andar.

Rehusó el diario que le ofrecía el vendedor callejero. Aborrecía de los periódicos porque le ensuciaban la vida igual que esos amigos noticiosos, a los que rechazaba también, que con intención dañina se gozaban en ponerle al corriente de las miserias, vergüenzas y desgracias de medio mundo, con tanta más insana delectación cuanto más próximos eran el hombre o la mujer vilipendiados. Le parecía que aquello era como hurgar en el cubo de la basura para husmear en las cascarrías del vecino tan solo por el placer de indagar los lodos y desidias que las produjeron.

Era manchar el día que le había nacido a Dios de entre los dedos con flores y pájaros, con agua y viento y sol; siempre distinto y siempre de algún modo, bello y placentero.

Estaba lleno de amor, y de dolor también, que ambos sentimientos han de ir, por fuerza, bien maridados para que sean de verdad intensos y sinceros. Recordaba de sus estudios de bachillerato que una misma agua puede parecernos fría o caliente, según el calor con que a ella llevemos la mano. Y él había padecido del frío bastante para sentir agradecido la más ligera tibieza que la vida le ofrecía.

Y era feliz por eso y porque llevaba siempre encendida, sencilla y humilde, la capuchina del corazón. Claro es que se sabía imperfecto, y le pesaba de ello, pero un amigo suyo, bueno y poeta, le había enseñado que entre la yerba pisada queda yerba sin pisar.

Caminaba por la acera, que iba llenándose de gentes apresuradas que habían llegado tarde al día y precisaban andar con urgencia. Pasaban mirando sin ver; atropellando, a veces. Para ellos no existían el verde sedante de los jardines, el rayo de sol que reverberaba en la luna de un escaparate, ni la gracia de dos niños que iban al colegio cogidos de la mano y contándose sus ingenuidades.

Llegó a su quehacer con ganas de trabajar. Era la suya una profesión modesta pero de su gusto. Algunos compañeros penaban en ella como si remaran en galeras pero a él le satisfacía; y eso que había llegado a aquel trabajo bien a su pesar, forzado por culpas y adversidades. Tuvo aspiraciones más ambiciosas y su padre había soñado para él un brillante porvenir. Como si fuera ayer, lo recordaba: Un día, cuando era todavía casi un niño, le hizo parar junto a un escaparate de la Capital en el que se exponían elegantes uniformes con bordados de oro en las hombreras y bocamangas, con fino espadín al cinto, y le sonó en los oídos: " Cuando tú seas..."

Cuanto tiempo ya de aquello.

Alguna vez, en momentos de vicisitud, de desaliento y angustia, casi de hambre, lo había añorado: si yo hubiera sido....Cuando alcanzó plenitud de hombre se curó de estas nostalgias. Ya para entonces había aprendido lo poco que importa desesperar por causa de lo que pasó y no fue; ahora conocía que lo único que vale la pena considerar es lo que se es y, aun mejor, lo que se puede, lo que se debe ser.

Sí, estaba contento de ser lo que era y de tener lo poco, y lo mucho que tenía.

Rememoró unos versos preciosos que leyó descuidadamente hacía años y que tenía casi olvidados.

"Ancho el mar, inmenso el cielo;
infinito solo yo
que mar y cielo llevaba
dentro de mi corazón"

Ahora tenían para él un entrañable significado y le enriquecían con abundancias insospechadas. Le espejeaban el día y le hacían más amable el trabajo.

Se le pasó el tiempo volando y le dieron la hora inesperadamente como un regalo. Quedó con hambre de trabajo; le levantaron los manteles antes de cerrar la intención, como decía una su abuela que debía hacerse para que sentase bien el yantar.

Salieron los niños y la clase quedó vacía, desamparada. Alguna vez lo había escrito: “No hay nada de mayor desolación que una escuela vacía”.

La gloria del medio día le redimió el ánimo triste.

Al salir le saludaban alegres el sol y los gritos de los alumnos que alborotaban como pájaros sueltos. Uno, pequeñito, quiso correr también, tropezó y cayó al suelo; lloraba. Acudió a él con presura, le alzó y le secó unas gotas de sangre de la rodilla y las grandes lágrimas desvalidas. Le consoló: no es nada, ya verás: los hombres no lloran.

Volvió pronto la alegría al semblante del pequeño que escapó contento y desagrado. El quedó viéndole marchar. En la entraña de sus más escondidos berrocales se le abría dulcísimo el manadero de inefables ufanías. Sentía: Yo casi Dios con este niño.

Volvió a casa despacio por un camino de ronda. Gustaba de los paseos solitarios, olvidados, a los que saludaba con mirada amiga y cariciosa. Se conocían de antiguo. Eran lugares que antaño se vieron concurridos de chicos y grandes; cuando los señores sesudos y circunspectos paseaban con ceremonia de frecuentes paradas, estudiados solemnes ademanes y estrictas reglas de cortesía en los cambios de lugar al tomar las vueltas; cuando los chicos jugaban al escondite y la gallina ciega. Luego la ciudad creció por otros costados y aquellos parajes quedaron abandonados, perdidos en el suburbio; primero solo frecuentados por los que padecían luto riguroso; luego, ni eso porque ya los duelos no pasaban más allá del funeral de los nueve días. Ahora estaban desiertos y baldíos. Algunos sufrían incluso la injuria de un vertedero de inmundicias.

Caminaba con los ojos protegidos por unas gafas de cristales ligeramente obscurecidos. El sol había podido al fin con las nubes y brillaba ahora esplendente. Y él había padecido desde pequeño una afección a la vista que le dejó débiles los ojos y un poco triste el mirar.

Pero llevaba siempre de par en par los del alma por donde se le entraba un mundo caudaloso de sensaciones y desconocido para muchos. Algunas veces, la punzada tenía tan fino el dardo que sentía la necesidad de escribirla para que no se le perdiera entre las telarañas de sus olvidos y, así, llevaba siempre su libro de notas en el bolsillo, garrapateado con la letra vacilante y desigual de lo que se traza de prisa y con la mano por pupitre, como receta de médico.

Pasos atrás, acababa de anotar: “Tirada en la cuneta, aquella pobre bota sin cordones, sacaba la lengua, rendida de cansancio”.

Llegó, como casi todas las mañanas, a un altozano desde el que se dominaba la llanura amplia, alhajada de oros y turquesas, ribeteada de añiles en la lejanía.

Allí se sentía siempre cimero y ancho de límites; menos pecador.

También hoy hizo su plegaria: Gracias, Señor, porque creas hermosos todos tus días.

Y, como siempre, también hoy se le empañaron de niebla los vidrios ligeramente obscurecidos de las gafas.